



RODRIGO VELASCO ORTIZ

“El hombre está capacitado para conocer la verdad y para amar, pero si le amenaza una fuerza superior —no precisamente en su cuerpo físico sino en su totalidad como persona— si se lo amedrenta e imposibilita, entonces su mente se afectará y su actuación se deformará y se paralizará.

El efecto paralizador del poder no depende solo del temor que origina sino de una promesa implícita: La promesa de que aquellos que están en posesión del poder pueden proteger y hacerse cargo del “débil” que se somete a ellos”.

I. VIOLENCIA: APARIENCIAS Y DISIMULOS

A raíz de los llamados “Acuerdos de Paz” suscritos por el gobierno colombiano y de toda la retórica, la burocracia y el cartel periodístico que giran a su alrededor, se ha venido evidenciando que nuestra sociedad es violenta.

Se llevan cuentas de los días de existencia de la Unidad Popular, partido surgido de la tregua con Betancur y, si se le restan los asesinados, casi no quedan días.

Estas apreciaciones que hoy escuchamos o sentimos acerca de la "Imposibilidad de seguir transitando por el sendero de la violencia", interpretada ésta como el asesinato político o la "vendetta" del esmeraldero y del narcotraficante, con frecuencia olvidan el pasado, desconocen otras formas de violencia e ignoran la historia de otras latitudes.

Esta violencia nos horroriza porque hay sangre (¡vaya si es escandalosa la sangre!) y porque evidencia amenazas de cambio en un orden social que se juzga a sí mismo sano y el único posible. Sin embargo, ver solo una cara de los fenómenos, suele ser un mecanismo, a veces inconsciente, para encubrir otras dimensiones que resultan desagradables o lesivas de la autoimagen. Nuestra sociedad oculta a sus ojos realidades que conviene descubrir.

En primer lugar nuestra clase dirigente olvida su propio pasado...

¿Cuántas guerras civiles se produjeron en el siglo anterior? Cuántos muertos produjeron las luchas liberal-conservadora en el presente siglo? y, a muchos cueste el reconocerlo, poco o nada tuvieron que ver con esas muertes el narcotráfico o el comunismo...

En segundo lugar, la violencia sangrienta oculta las muertes sin sangre, precisamente por falta de sangre, por desnutrición, por enfermedad no atendida, por condiciones antihigiénicas, por falta de condiciones elementales de vida. Según datos oficiales, en Colombia se mueren 6 o más niños cada hora (¡sesenta mil al año!) por causa de nuestro "Ordenamiento" social. ¿Son menos importantes los niños que los políticos? quizás si los medios de comunicación estuvieran en manos de los niños, estaríamos horrorizados hace tiempo.

En tercer lugar, nuestra violencia corresponde a un país colonizado durante Quinientos años, una sociedad que depende en sus decisiones de intereses y poderes ajenos. Y una de las tácticas más utilizadas para la dominación es rebajar la autoimagen del sometido y engrandecer a sus ojos la del dominador... ¿Cuántos muertos produjeron las guerras Europeas en los últimos dos milenios? ¿Cuántos asesinatos produjeron los Europeos con el negocio de la esclavitud negra? ¿Cuántos muertos produjo la colonización Europea en Africa y Asia? ¿Cuántas vidas segó la guerra civil Norteamericana? Es indudable que ni Europeos ni Estadounidenses son buenos maestros de paz.

Este tipo de reconocimiento no busca ni "echarle la culpa a otros" con esa mirada maniquea que atribuye todos los males al "Capitalismo Norteamericano y sus Lacayos" (como expresa la frase de algunos mesías modernos) ni tampoco atribuir los males a una pretendida "Violencia Natural" de la especie humana (como expresan algunos pilatos que no escasean). La violencia existe institucionalizada y no es exclusiva de nosotros y no tiene que durar por siempre... Es responsabilidad nuestra el luchar contra cualquier forma de violencia entre los seres humanos.

Para quienes creen en la "Naturaleza Violenta" del hombre, es conve-

niente recordar dos hechos; el primero, que el "homo" es un "salto" en la evolución, un ser que se aleja de los ritmos de cambio de la naturaleza, introduciendo ritmos mucho más acelerados, los de la cultura, y estableciendo metas, valores y utopías en las que interviene su deseo. El segundo hecho es que somos aún muy jóvenes en el planeta, aparecidos aproximadamente hace uno o dos millones de años frente a tres mil millones de los primeros seres vivos. Así parezca ilusorio o utópico, una especie tan nueva y que "introduce" sus deseos en los cambios que experimenta, es probable que logre modificar en poco tiempo algunas condiciones percibidas como nocivas. Y la violencia humana lo es y en alto grado.

II. ALGUNOS HIJOS DE LA VIOLENCIA

El odio, el deseo de dominio sobre otros hombres, la aplicación de la fuerza sobre otros para experimentar el propio poder, puede ser atendido como una desviación de la necesidad humana, esa sí biológica, de dominar la naturaleza, tanto la propia mediante el autoconocimiento esfuerzo y la disciplina, como la material mediante la ciencia, el trabajo, el arte y la técnica. Es posible y deseable un cambio de orientación, un desplazamiento del deseo de poder desde los otros hacia la naturaleza...: Amar a los otros y dominar el mundo. Es una apreciación que puede sonar "curioso" a los oídos escépticos pero que resulta altamente gratificante cuando se experimenta... El poder sobre sí mismo siempre ha sido mayor fuente de satisfacción que el poder sobre los otros... Al menos de satisfacción íntima, duradera, carente de angustias o temores. El poder sobre otros lo aleja y el autodomínio lo puede acercar.

Haciendo mención de algunos conocimientos que tenemos hoy en día acerca del ser humano, es bueno recordar los efectos perniciosos del autoritarismo y la violencia sobre los seres sometidos. Han sido algunos psicólogos, especialmente aquellos influenciados por el psicoanálisis, quienes mejor han estudiado y descrito tales consecuencias: Tanto el niño crecido en ambiente violento como el adulto sometido por largo tiempo a una autoridad excesiva (los prisioneros de los nazis, por ejemplo) paulatinamente van experimentando sentimientos de impotencia, de autodesprecio. La ira que tropieza con la imposibilidad de la liberación se convierte en pérdida de fuerza, en improductividad, en dificultad y hasta imposibilidad de disfrutar placeres, sean estos corporales, e estéticos, o de otra naturaleza. El autoritarismo, teoría y práctica de la violencia, es castrador, freno del desarrollo, cosificador, envilecedor. El sometimiento prolongado impide la creatividad, el goce por la vida y en términos sociales es altamente empobrecedor. No en vano el progreso de la humanidad ha estado señalado por paulatinas liberaciones, nunca completas, desde el esclavismo y la servidumbre hasta la actual situación de los trabajadores.

III. ALGUNAS PALOMAS CRIOLLAS

Sin embargo, aún falta mucho por recorrer. En nuestro medio, por ejemplo, mientras unos hablan de paz y concordia al tiempo que someten a los débiles, los otros hablan de lucha de clases y ofrecen la violencia como salida contra los poderosos.

Nuestros movimientos de liberación compran armas, muchas armas, a los poderosos que mantienen su situación con el dinero de esas ventas y con las otras armas que no venden.

Es curioso ver cómo los que más critican al ejército oficial, sus métodos autoritarios, su uso de fuerza a falta de razones... Se constituyen en otro ejército, con métodos autoritarios, con uso de fuerza a falta de razones: Nada hay más parecido a un ejército que otro ejército.

A tal punto llega la sinrazón del deseo de poder que, unos de muy buena voluntad y otros aprovechando la mentalidad religiosa, han cambiado el cáliz, la hostia y las biblias por otras herramientas más eficaces: el fusil y las granadas. El nombre de Cristo se usa para conquistar el poder político a la fuerza... Y esto no es para escandalizarse por la instrumentación de lo "sagrado", ya que lo único verdaderamente respetable es el ser humano, sino para mostrar la incongruencia de una posición que pretende "matar por amor".

No se necesita ser psicólogo consumado para descubrir el dogmatismo y la intolerancia, la violencia de todos los que predicán apertura y pluralismo armados de fusiles. Los ejércitos, así se llamen de liberación, no reparan dulces ni galletas sino balas... Su herramienta es la muerte.

IV. VIOLENCIA EN LAS AULAS

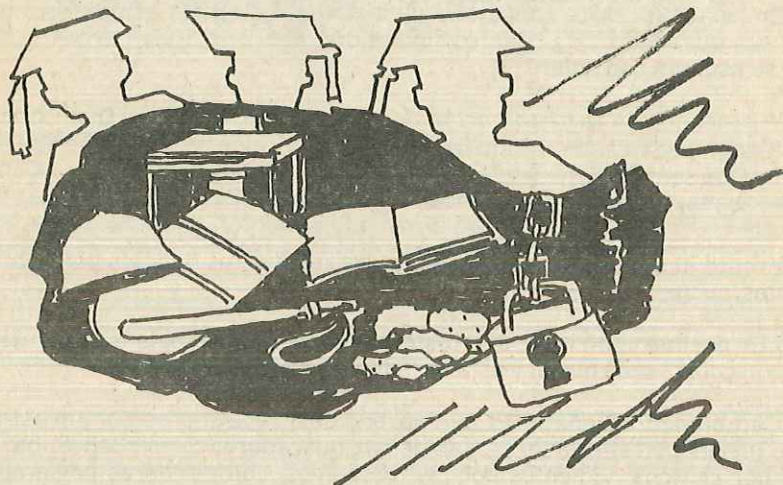
Sería poco menos que ilusorio pretender cambiar la estructura de una sociedad desde las aulas... Sin embargo la educación siempre ha sido una de las instituciones desde las que se intenta, paradójicamente, mantener y cambiar la sociedad. Y precisamente alrededor de esa función, en relación con la violencia, vale la pena hacer algunas consideraciones. Al fin y al cabo ésta es una revista universitaria y nuestro quehacer profesional y nuestras responsabilidades sociales giran en gran parte alrededor a la academia.

Más de uno de nosotros ha escuchado, al iniciar un período académico, esa frase tan expresiva, dicha en broma y en serio: "comenzó otra vez la lucha de clases"... No es sino una pequeña muestra del carácter altamente autoritario, y por ende violento, de nuestro sistema educativo.

Para muchos, muchos docentes, el problema del aprendizaje se convierte en el problema de la enseñanza... Suponen que el profesor sabe qué es lo que el alumno debe aprender, cualquier alumno, todo alumno. No importa quién sea o qué desee, o qué necesite... Y como trabaja en una institución que debe tener un alto "nivel académico", debe convertirse en juez y evaluador y calificador de los alumnos. No sobra advertir que tiene "alto nivel académico" el alumno que se parece a él o que sabe o, en últimas, el que repite lo que él enseña.

Hay un desplazamiento indebido del papel de maestro al de autoridad, de autocrítico, luchador contra la ignorancia (la propia y la ajena) al cómodo (?) papel de censor sabelotodo que no escucha y aprende de los otros

sino que impone su "criterio", su "verdad", su "método". No es por azar que hasta los mismos espacios escolares privilegien el sitio del profesor, incluyendo en algunos casos tarimas que hagan "más alto" al profesor, incluso si es de baja estatura.



En correspondencia con estas actitudes, el estudiante aprende a "doblegarse", inicialmente en apariencia, buscando cómo satisfacer los gustos, caprichos y estilo del profesor. Algunas de las preguntas más formuladas por quienes inician curso con un docente desconocido, son hechas a los "antiguos": "¿Cómo pregunta él?". "¿Cómo le gusta que uno haga los trabajos?". "¿Cómo califica?".

La gran preocupación no radica en el saber, en el hacerse a sí mismo a través del conocimiento sino de la calificación de la autoridad, en el "pasar", en la valoración numérica que otro haga del propio desempeño.

Respecto a los docentes, resulta útil saber que las mayores agresiones en el aula proceden de inseguridad o de ignorancia o de ambas condiciones... Los mayores dogmatismos suelen proceder del temor a reconocer las propias dudas.

Los efectos perniciosos de este tipo de autoritarismo violento en la academia, suelen ser semejantes a los de cualquier autoritarismo: En cuanto a los sentimientos de inferioridad y autodesprecio, ¿Cómo se concibe la investigación? ¿Quién se supone que puede hacer ciencia? ¿Cómo se conciben los modelos propuestos por gente de otras latitudes? ¿Qué se espera de

la propia capacidad investigativa?

Respecto a la improductividad, ¿Qué pasa con el manejo del tiempo? ¿Cuánto de lo que se produce es copia o repetición? ¿Quiénes se colocan tareas, estudios o trabajos por su propia cuenta, sin que "toque"? ¿Cuántos alumnos tienen en cuenta sus condiciones, necesidades y deseos para fijarse metas propias de aprendizaje e investigación? ¿De qué han servido las toneladas de tesis y trabajos de grado que reposan en nuestras bibliotecas?

En relación con la capacidad de disfrute, ¿Cuántos estudiantes gozan con sus quehaceres? ¿Cuántas tareas son aburridoras o cargas pesadas que se asumen con dolor?

Y pensando en la disminución de la capacidad crítica, ¿Qué importancia tienen para cada alumno las calificaciones que otros dan de sus trabajos? ¿Qué sentido tiene y qué uso se le da a la autoevaluación? ¿Cómo se leen los textos de autores famosos y reconocidos?

Frente al panorama elaborado en las respuestas dadas a estos interrogantes, surge otra pregunta:

¿Es posible contribuir a la disminución de la violencia a partir del trabajo escolar? creo que sí y ésta es la tesis central del escrito...

Cambiando enseñadores por aprendices, repetidores por investigadores, jueces por animadores, sabios por buscadores de verdades, narcisistas por críticos, violentos por comprensivos, competidores por emuladores.

¿Un sueño? No. Una utopía que al quererla se puede ir convirtiendo en realidad.